



En el futuro la diferencia entre analfabetismo y alfabetismo no pasará por quienes tengan acceso a una computadora y quienes no, sino que estará dada por “los que tendrán acceso a la herramienta sola” y los que “tendrán acceso a los profesores especializados capaces de permitir sacarle el máximo provecho real a dicha herramienta” León Trahtemberg.

Abordar una propuesta de conocimiento a partir de una pregunta constituye una rotunda decisión. Desde el vamos nos coloca en un lugar de indagación, donde las preguntas recortan aquello que intentamos conocer, iluminándolo. Preguntar es como encender la luz sobre un terreno oscuro, y despliega ante nosotros una porción de campo sobre el cual interpretar, reflexionar, poner a prueba; es decir, construir un objeto de estudio.

Si, además, ese objeto se refiere a las nuevas Tecnologías de la Comunicación y la Información, formularlo como pregunta resulta doblemente significativo: más que ninguna otra práctica en estos momentos, las TICs nos remiten todo el tiempo a una posición de incertidumbre. En cuanto logramos satisfacer la necesidad de dominar una herramienta, somos inmediatamente reenviados a una nueva interrogación, a una nueva práctica o función a incorporar. Al mismo tiempo, porque el escenario tecnológico contiene siempre una cuota de componente “aleatorio” (tan alta que ya deberíamos dejar de considerarlos excepciones o accidentes): dependemos de cables, cortes de luz, servidores remotos, sistemas que pueden colapsar... y colapsan.

Si bien a esta altura está bastante aceptado que la investigación avanza por módulos, lo que implica asumir la provisoriedad del saber, es en el ámbito de las nuevas tecnologías donde esa cuestión nos deja sin cintura y se revela con una contundencia casi cruel: clavamos dudas y preguntas allí donde hasta ayer había certezas y respuestas de las que nosotros éramos proveedores... y para colmo —o justamente esto mismo es lo que le confiere la contundencia al golpe— esa perplejidad nos sucede frente a jóvenes y niños, frente a nuestros alumnos y a nuestros hijos, usuarios virtuosos de estas tecnologías.

Por eso, los escenarios atravesados por las TICs suelen despertar sentimientos encontrados: si bien celebramos todo lo que las tecnologías nos donan a diario —aún quienes se consideran menos tecnologizados usan teléfono celular u horno microondas— no dejamos de sentirnos carentes y hasta avergonzados ante nuestros testigos, y muchas veces tratamos de esconder nuestra “falta” debajo de la alfombra. Otra posibilidad es emprender una corrida furiosa para alcanzar ese tren tecnológico en el que viajan los jóvenes pero... una mala noticia: por más que nos esforcemos, por

más que nos capacitemos, no llegaremos a equipararnos con ellos. Más allá de la voluntad, siempre nos acompañará cierta incomodidad, habrá algo que nos estará devolviendo a un tipo particular de interrogación, a ciertas torpezas operativas o conceptuales que parecen depositarnos en tierra movediza.

Por suerte, en este terreno, nadie tiene “la vaca atada”. Nadie posee un saber cerrado, nadie sabe desde hoy y para siempre. Y a todos nuestros pares les pasa lo mismo. Como acuñó en 2001 el autor y creador de videojuegos Marc Prensky -y por estas tierras popularizó el investigador Alejandro Piscitelli-, habría en el mundo dos comunidades generacionales coexistentes: los “nativos” y los “inmigrantes” digitales. Según esta clasificación, pertenecer a uno u otro bando no depende de ninguna otra cosa que de una cuestión de edad. Un nativo es aquél que nació en un mundo en que ya existían las computadoras, Internet, los teléfonos móviles y otras tecnologías digitales. El resto seríamos tan sólo inmigrantes en la digitalización³.

Sin embargo, eso, lejos de convertirse en una desventaja, constituye en realidad nuestra mayor fortaleza en relación con el universo tecnológico y pedagógico: esa incomodidad que a veces deviene en miedo, ese malestar o rechazo son justamente los que nos posibilitan una mirada crítica, reflexiva, interrogadora frente a jóvenes que son operadores virtuosos pero, en la mayoría de los casos, absolutamente acríticos de estas tecnologías.

Ellos tienen invisibilizadas todas estas herramientas y sus prácticas. Como dicen los especialistas en cultura, las tienen “naturalizadas”. Ya no las ven, tanto que algunos autores basados en los conceptos postulados por el antropólogo y comunicólogo inglés Gregory Bateson para quien lo mental no ocurre dentro del cerebro sino en la relación con el entorno⁴, se refieren a los aparatos tecnológicos como prolongaciones del cuerpo: somos relacionales, no terminamos en nuestra piel ni en nuestra mente. Nos prolongamos a través de nuestros celulares y a la vez todos los celulares de nuestros contactos penetran nuestras pieles. Como señala Scott Lash, estamos en y somos un entorno tecnológico⁵.

A diferencia de lo que ocurre con los de menos de treinta (años más, años menos), para nosotros no sólo que las TICs son visibles sino que nos chocamos todo el tiempo con ellas. Sin embargo, ahí, en esa incomodidad, en ese roce y en esa dificultad se esconde nuestra mayor riqueza. Algunos investigadores, como el peruano León Trahtemberg, opinan que en el futuro (obviamente que en todo este artículo aludimos a cierta parte del planeta) la diferencia entre analfabetismo y alfabetismo no pasará por quienes tengan acceso a una computadoras y quienes no, sino que estará dada por “los que tendrán acceso a la herramienta sola” y los que “tendrán acceso a los profesores especializados capaces de permitir sacarle el máximo provecho real a dicha herramienta”⁶.

Entonces, no sólo que no estamos en desventaja sino que representamos la diferencia a favor, la posibilidad de conferirle sentidos nuevos a una herramienta que –como toda herramienta y tecnología a lo largo de la historia humana, se trate del martillo o del automóvil- nos llegan cargadas de ideología invisible, en este caso para los chicos, no así para nosotros.

A esta altura, hay consenso en descreer de la neutralidad de las herramientas: la herramienta modula al usuario, le determina prácticas y usos, ya desde su forma misma y desde sus aplicaciones. Nosotros, con nuestra inquietud (como “no quietud” o “no calma”), somos capaces de tomar una distancia o, más todavía, estamos indefectiblemente ubicados a una distancia que nos coloca en inmejorables condiciones para revertir esa trayectoria: modulando nosotros a las herramientas a partir de usos nuevos, distintos a los que nos vienen dados, pedagógicos y, sobre todo, creativos⁷.

Una buena para el final: si queremos, vamos a correr al tren, vamos a alcanzarlo y vamos a subirnos a él. Pero no ya desde la pretensión de competir sino desde la fortaleza de reconocer que lo mismo que nos falta es lo que nos vuelve capaces de aportarle criticidad a las TICs, resignificándolas a partir de preguntarnos y reflexionar acerca de ellas, y convirtiéndolas a través de la creatividad en herramientas para la producción de otros discursos.

² *Periodista. Lic. en Artes Combinadas. Especialista en Comunicación, Educación y Nuevas Tecnologías.*

³ Para conocer más sobre este autor: www.marcprensky.com.

⁴ Bateson, Gregory. “Pasos hacia una ecología de la mente”. Buenos Aires, Lohié-Lumen, 1998.

⁵ Lash, Scott, “Crítica de la información”. Buenos Aires, Amorrortu, 2005, caps. 2 y 14.

⁶ Trahtemberg L., “El impacto previsible de las nuevas tecnologías en la enseñanza y la organización escolar”, en Revista iberoamericana de Educación, OEI, N°24, set-dic, 2002. Disponible en <http://www.rieoei.org/rie24a02.PDF>

⁷ El mismo Prensky revisó su clasificación en un artículo escrito en 2006, “Homo Sapiens: From Digital Immigrants and Digital Natives to Digital Wisdom”, en el que sugiere el concepto de sabiduría digital: si bien la persona que nace en la era digital se siente cómoda en ese entorno, de ninguna manera el conocimiento y las habilidades son innatas. La sabiduría digital debe ser aprendida y enseñada en contextos reales, tras investigar las posibilidades que las herramientas brindan en cada caso. Y para eso, sin duda, los inmigrantes estamos muy bien dotados. El citado artículo se encuentra en inglés en la página ya citada de Prensky, y traducido al castellano en: <http://www.manuelgross.bligoo.com/content/view/544504/Homo-Sapiens-Digital-de-Marc-Prensky-completo-en-castellano.html>